

El libro aclara aspectos sobre el erasmismo, el luteranismo y la vida en Valladolid en torno al auto de fe de octubre 1559

va, la percepción de aspectos humanos insoslayables en un tema tan sobrecogedor, y una escritura fluida y ágil que delimita de manera didáctica y amena la amplitud de temas y aspectos subsidiarios con breves apartados y frecuentes sinopsis.

Pero también hay una soberbia meditación sobre la libertad de pensamiento y sobre los asuntos del alma, además de una relectura de Valladolid que se suma al homenaje a don Miguel Delibes en su centenario. Fue él quien, con su novela 'El hereje', devolvió a Valladolid sus señas de identidad más universales rescatando una historia olvidada y lo que supuso en aquellos años la fidelidad a la conciencia individual frente al pensamiento oficial impuesto.

De extraordinario interés para los vallisoletanos, pero también para cualquiera interesado en los entresijos de esta época en una ciudad clave para entender la historia con mayúsculas y con minúsculas. Porque «ninguno de nosotros puede ser juzgado por lo que ocurrió entonces. La ciudad es la que debe ser juzgada, aunque seamos sus hijos los que paguemos el precio», como advirtió Lawrence Durrell, no podremos evitar juzgar a esta ciudad que fue un poco el centro del mundo antes de que los especuladores la redujeran a un maltrecho recuerdo de glorias pasadas.

Harold Bloom se atreve con 'Falstaff'

JAIME SILES

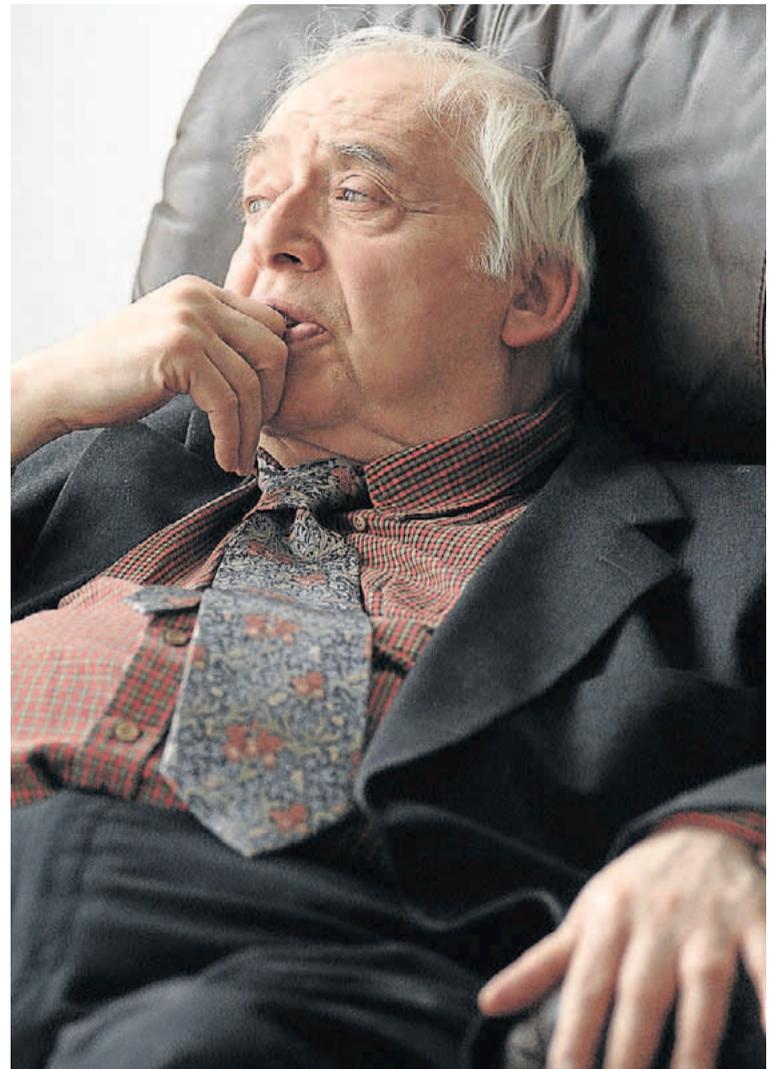
Supongo que hay que llegar a una altura de la edad y de la bibliografía como para poder escribir un libro como éste, en el que, con una muy bien asimilada erudición y tras explicar a Shakespeare en clases y estudios durante años, una personalidad crítica como la de Harold Bloom se atreve a proponer una interpretación tan personal y sugestiva como ésta. Su lectura de 'Falstaff' —en la que discute con lectores de la talla de Samuel Johnson, Auden, Anthony Burgess, Orson Welles, William Hazlitt, John Banville o Mathew Arnold— indica alguna de sus más o menos veladas fuentes (Ovidio, Chaucer, la Biblia de Ginebra, Marlowe) y señala muy posibles relaciones entre determinadas partes de esta obra y algunos de los Sonetos. Para Bloom, Falstaff no sólo es «la personalidad más popular de Shakespeare, y lo sigue siendo» sino también todo un océano de lenguaje. Y tal vez sea esta parte de su análisis la que más nos puede interesar porque como advertía Yeats —a quien muy oportunamente cita— «sin un lenguaje bello, poderoso, individual, no hay literatura, o, por lo menos, no hay gran literatura». Algo que ahora, que nuestro idioma anda tan maltrecho como depauperado por décadas de mala educación e incuria en los métodos docentes empleados, conviene recordar porque sus malsanos efectos se dejan ver tanto en nuestros jóvenes como en nuestros políticos y, en general, en capas

cada vez más amplias de nuestra sociedad, cuya capacidad de representación verbal va siendo cada vez más deficiente. Falstaff critica la mala utilización de términos, de «malapropismos» —así los llama— como los que ya Catulo en su época criticaba y que, explotados teatralmente, producen siempre hilaridad, al ser victimizados por su lengua algunos de sus personajes: en concreto, aquellos cuya elocuencia se basa en la lengua cotidiana. Shakespeare aquí se sirve de ellos mucho para sus creaciones de lenguaje que Wittgenstein tanto admiraba. Bloom —siguiendo en esto a Borges— dice que Shakespeare es «todos y nadie» y que escribe «como si lo supiera todo y nada». Y para un lector español algunos de los sabrosos versos que comenta no le resultarán ajenos ni extraños a conocidas situaciones de nuestro más cercano e inmediato hoy: «Bueno, mientras sea mendigo, yo renegaré / diciendo que no hay peor pecado que ser



FALSTAFF. LO MÍO ES LA VIDA
HAROLD BLOOM

Traducción de Ángel-Luis Pujante.
Vaso Roto Ediciones. Madrid. 2020,
181 páginas.



Harold Bloom, en 2005 en su casa de Manhattan. EL NORTE

rico/ y, cuando sea rico, lo mío será decir/ que no hay peor pecado que ser pobre». Según Bloom, «Shakespeare no es Falstaff aunque Falstaff sea Shakespeare», del mismo modo que Henry Wriothesley, conde de Southampton «podría ser el protagonista de algunos de los primeros sonetos» y William Herbert, conde de Pembroke, el destinatario de los últimos. El profundo conocimiento de la lengua y la literatura inglesa, de la coloratura del argot y la historia política que le sirve de escenario le

permiten encontrar claves y registros en John Donne y Wallace Stevens y advertir cómo las palabras de Falstaff resuenan en las de lady Augusta Bracknell en 'La importancia de llamarse Ernesto' de Oscar Wilde. Traducido con pulso firme y anotado con rigor por Ángel-Luis Pujante, reconocido traductor de las obras de Shakespeare, esta lectura e interpretación de Harold Bloom a nadie puede dejar indiferente: tantas, y tan importantes, son las muchas cuestiones que tan acertadamente en ella se tratan.

LOS LIBROS

Meditaciones de un cristiano en rebeldía

Le echamos de menos. Por eso no está nada mal volver a los orígenes. A sus primeros libros. A aquella 'Meditación española sobre la libertad religiosa', por ejemplo, que publicó José Jiménez Lozano en 1966, con 36 años. Y que terminó de forjar su posición como «cristiano en rebeldía», después de que El Norte de Castilla le enviara a Roma a cubrir como corresponsal, entre 1964 y 1965, el Concilio Vaticano II.

La editorial Encuentro reedita ahora este libro que Jiménez Lozano escribió para «llevar un poco de información, de luz y

de preocupación por este tema básico entre todos para nuestro catolicismo: el tema de la libertad religiosa». En el Vaticano, le sorprendió la manera en que una buena parte de la jerarquía española se negaba a aceptar los cambios en aquel momento histórico. Y además de sus crónicas, impagables, en el periódico, y de su ensayo 'Un cristiano en rebeldía' (1963), quiso dejar para el lector comprometido estas 'Meditaciones', escritas con una finura extraordinaria, en la que su propia voz se diluye entre otras muchas voces, leídas y escuchadas al

rededor de este asunto.

No eran tiempos sencillos. Cuando José Jiménez Lozano se embarcó en esta empresa iluminadora, el periódico vivía en plena tensión con la censura. Así que el escritor, a la hora de hablar de esta «excepcional hora histórica que la humanidad está viviendo», decidió desde el principio encomendar su obra al papa Juan XXIII, el alma del Concilio, «una 'ventana abierta' en la Iglesia de Dios tras seculares miedos e inmovilismos cristianos».

La 'Meditación' comienza, pues, también por el principio. Por el relato de su visita al castillo de Sant'Angelo, donde se conservan las mazmorras en las que estuvieron encerrados Benvenuto Cellini, Beatriz Cenci o Giordano Bruno, a causa de la intolerancia religiosa. La sangre



**MEDITACIÓN ESPAÑOLA
SOBRE LA LIBERTAD RELIGIOSA**
JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO

Un ensayo de psicología católica.
194 páginas. Ediciones Encuentro.
(1966). 20 euros.

de la historia: «también la historia cristiana, que debió ser siempre el reino de la libertad». Así, toda la primera parte del ensayo está dedicada a una serie de reflexiones históricas en las que Jiménez Lozano se alinea con el método y las tesis de Amé-

rico Castro. Y la segunda es, simplemente, una colección de textos al servicio del lector. Textos que van desde Enrique II de Castilla hasta Emilio Castelar, pasando por Fray Antonio de Guevara, el padre Juan de Mariana, Fray Luis de León, Menéndez Pelayo, Góngora o Quevedo. Y que concluyen con las voces de algunos de los grandes testigos del concilio, como monseñor Elchinger, obispo auxiliar de Estrasburgo, o los papas Juan XXIII y Pablo VI.

La pluma fina, culta, inteligente y ya vestida de esa extraordinaria ironía que definió toda la obra posterior de este periodista, ensayista, narrador y poeta que se nos fue, pronto hará un año, sin bajar un escalón en su literatura. Ni en su rebeldía. Ciertamente, le echamos de menos.

CARLOS AGANZO

